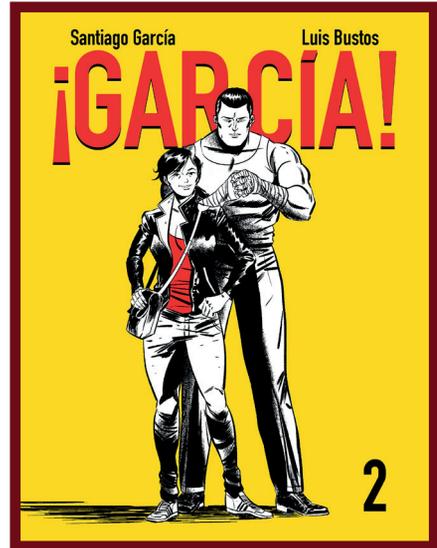

¡García! 1 y 2

SANTIAGO GARCÍA Y LUIS BUSTOS

Astiberri, 2015-2016

Es posible que el Capitán América sea uno de los personajes peor entendidos de la historia del cómic, al menos en lo que respecta a la percepción que tienen de él quienes no han leído sus tebeos. Por mucho que lleve mallas estampadas en barras y estrellas, el Capitán América no simboliza su país ni lo que representa. Simboliza lo que su país debería ser y representar. O al menos así lo entendió su cocreador, Jack Kirby, en el especial que se publicó del personaje con motivo del duocentésimo aniversario de la Revolución americana. En él, y con la ayuda de un *bodhisatva* (benditos años setenta), Steve Rogers se embarcaba en un viaje astral que le llevaría a intimar con diversas e irreconciliables facetas de su país. Conocería a algunas de sus supuestas glorias, como por ejemplo, a Benjamin Franklin, pero su periplo le llevaría también a compartir el sufrimiento de los mineros atrapados por el derrumbe de una mina en el condado de Harlan o a presenciar la masacre de la tribu de Gerónimo.



El Capitán América no representa lo que EE.UU. es, sino lo que no es. Lo que pudo ser. Él representa a los ciudadanos negros que Jefferson tachó expresamente de la expresión «todos los hombres son creados iguales» con la que se abre la Declaración de Independencia. Y él representa también a todos esos mineros que se declararon en huelga a principios de los setenta para mejorar su seguridad laboral, sin importar que el gobierno los calificase de «anarquistas». Quien conoce bien al Capitán América sabe, sin duda, que es más probable verle luchando contra su gobierno que actuando como su brazo ejecutor. Tal vez por todas estas razones, el Capitán América es uno de los superhéroes más difíciles de escribir: no es tanto un personaje como una idea, y además, una idea fácil de confundir con valores patrióticos que no tienen por qué ser universales.

El objetivo de todo este preámbulo es el siguiente: convencerles a ustedes, queridos lectores, de que *¡García!* es uno de los mejores tebeos que se han hecho sobre el Capitán América; ya que su gran logro es, precisamente, el haber conseguido separar la inocencia ideológica de su protagonista, de cualquier tipo de simbolismo patriótico. Porque García es la versión española del supersoldado americano. Creado por Franco, ¿por quién si no? En principio, la premisa es terreno abonado para la parodia. Pero nada más lejos de la realidad, porque

al hacer que García resucite en el periodo actual enfrentándole al mismo choque cultural al que se enfrentó Steve Rogers al despertar en los años sesenta, *¡García!* abraza un tono mucho más humano y poético de lo que su apariencia caricaturesca podría hacernos esperar.

Por supuesto que la sátira política tiene cabida en este tebeo. De hecho, es el título más abiertamente político de entre los últimos publicados por Santiago García. Aunque no le faltaba una cierta retranca en este sentido a *Beowulf* y a *Las meninas* (alusiones veladas a la crisis, relaciones de poder sospechosamente reconocibles), en *¡García!* la referencia a la actualidad política es directa y evidente. Un dirigente político de izquierdas, antisistema para más señas, es acusado de raptar y asesinar a la candidata conservadora, una lideresa muy conocida en la capital del reino. García, recién despertado de su largo sueño para aparecer en una pesadilla llamada democracia, se ve forzado a intervenir en una situación política que desconoce y poco a poco comienza a darse cuenta de que las cosas no son lo que parecen, y que en realidad, nunca lo han sido.

Aquí todo el mundo miente: la izquierda, la derecha, los padres, los mentores... Y ante la decepción que produce el descubrimiento de que todo lo que te hacía funcionar es una farsa, dos personajes inocentes, García y la joven periodista Antonia, empiezan a cuestionarse todos sus valores y los de la realidad que les rodea, encontrando aliados en los lugares más extraños. De hecho, será un sosías de nuestro querido Federico Jiménez Losantos (o al menos uno de esos antiguos comunistas que ahora se dedican a lo mismo que él) quien pondrá a los héroes tras la pista adecuada. En un mundo de mentiras, ¿qué mejor ayuda que la del mentiroso? La del bufón que sabe que todo el mundo miente pero, al contrario que él, nadie es capaz de admitirlo.



A pesar de todo esto, sería injusto valorar *¡García!* por lo que nos cuenta sobre el Capitán América, por precioso que esto sea. Y no, porque *¡García!* no funciona solo a un nivel metarreferencial, pues lo que hace es utilizar a su personaje central para contarnos cosas de nuestro país. Tenemos aquí a lo más de lo más de entre los operativos de las fuerzas de seguridad y represión fascistas, alguien que no ha podido vivir las transformadoras décadas de los sesenta y los setenta, alguien que se hubiera liado a disparos en la sala El Sol al ver a Almodóvar cantando con una bolsa de El Corte Inglés por taparrabos. Pues bien, resulta que es alguien así, precisamente él, quien al final se da cuenta de las mentiras sobre las que edificamos nuestras creencias en este país y en la democracia.

Este hecho irónico, que se convierte en el *leitmotiv* central de *¡García!*, es lo que hace que su personaje principal alcance momentos verdaderamente poéticos porque cuando menciona la palabra «España» está limpio de intereses políticos o económicos. «Esta no es la España que conociste», le dice Antonia poco antes del desenlace de la aventura. «No, pero es España», le contesta García. «Y yo soy español. Esta es mi casa». Esta afirmación que, considerando el pasado del personaje, podría ser considerada una declaración sarcástica acerca de nuestra actualidad política («Esto sigue siendo España: el hogar ideal para los buenos fascistas como yo»), en realidad solo podemos tomarla de la forma más inocente posible, si tenemos en cuenta la evolución psicológica del personaje y la enorme sensibilidad de que lo dota el perfecto dibujo de Luis Bustos. Porque la España a la que se refiere García nada tiene que ver con ese concepto excluyente que se maneja hoy en día desde el nacionalismo español; al contrario, es la España de todos los españoles, y estos no son más que la gente que vive en este país, independientemente de su forma de pensar o de su procedencia.

Ojalá llegue el día en que podamos escuchar a uno de esos fachas del pasado que quedan sueltos por ahí, hablar en los mismos términos en los que habla García.

ROBERTO BARTUAL

Después de una breve carrera como actor de cine (El abuelo, la condesa y Escarlata la traviesa, Jess Franco, 1994), Roberto Bartual (Alcobendas, 1976) decidió perseguir la mucho más lucrativa carrera de escritor. Co-autor de La Casa de Bernarda Alba Zombi y traductor, actualmente colabora con el colectivo Dátil (Dramáticas aventuras) y Julián Almazán como guionista en varios proyectos relacionados con el cómic. Sus relatos pueden encontrarse en las antologías Ficciones (Edaf) y Prospectivas (Salto de Página). Es editor y redactor de la sección de cómic de la revista digital Factor Crítico. Obtuvo el premio extraordinario de doctorado 2010/11 en la Universidad Autónoma de Madrid con la tesis Poética de la narración pictográfica: de la tira narrativa al cómic, y su investigación en esta área puede encontrarse en publicaciones como Studies in Comics, Journal of Scandinavian Comic Art o Revista de Arte Goya. Aunque ha descubierto que para ganarse la vida tiene que dar clases de Literatura Infantil y Ciencias Sociales en la Universidad Europea de Madrid.